

LOS CASTILLOS DEL FIN DEL MUNDO



MUSEO DE SITIO CASTILLO DE NIEBLA

DE LA PURA Y LIMPIA CONCEPCIÓN DE MONFORTE DE LEMOS

Un museo dependiente del
SERVICIO NACIONAL DEL PATRIMONIO CULTURAL
Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio / Chile

MUSEO DE SITIO CASTILLO DE NIEBLA



NUESTRA MISIÓN es **conservar** el patrimonio arquitectónico, histórico y cultural del Castillo de Niebla para constituir un eje de desarrollo de la **comunidad** y liderar el hito turístico, cultural y patrimonial del sistema de fortificaciones de la zona a través de la satisfacción de los públicos objetivo, y mediante la **comunicación** adecuada de los atributos del Castillo en el marco de un mejoramiento continuo.



INFORMACIONES

Teléfonos +56 63 228 2084 +56 63 233 6182

Casilla Postal 1403 Valdivia

museo.niebla@museoschile.gob.cl

www.museodeniebla.gob.cl

Síguenos en las redes sociales.



Entrada gratuita.



Servicio Nacional
del Patrimonio
Cultural

UN SIGLO DE ORO

EL 9 DE FEBRERO DE 1552 Pedro de Valdivia funda la ciudad que lleva su nombre, cerca de la desembocadura de un río que ahora llamamos Calle-Calle y Valdivia y que los habitantes del lugar llamaban *Ainilebo*, «comarca de los *ainil*», y que recoge el caudal de varios afluentes en la abrigada Bahía de Corral, puerto más o menos equidistante del Estrecho de Magallanes y Valparaíso.

Desde un principio, el río surtiría los requerimientos básicos de la navegación, y permitió anexionar al Virreinato del Perú el vasto territorio austral del Reino de Chile. Aún hoy, profundamente alterada su cubierta arbórea, la zona abunda en densos bosques, ricos en madera y agua dulce.

DURANTE CASI 50 AÑOS, poblada por unos pocos cientos de españoles, su real motivo de existencia fue el oro de las cercanas minas *Madre de Dios*. La vida de la ciudad parecía transcurrir en relativa tranquilidad, pero la historia oculta mal el cansancio, las enfermedades y atropellos en la esclavitud que sufrieron los mapuche que extraían el codiciado metal en un clima de inviernos lluviosos y cortos pero intensos veranos.

Los cronistas Alonso de Ovalle y Diego de Rosales coinciden en denunciar, aunque veladamente, la vida de ostentoso lujo en ese primer medio siglo. Aún 150 años después, Pedro Usauro Martínez de Bernabé, en su memorial *La Verdad en Campaña*, cuenta de vecinos que sacaban pepitas de oro de los gatzates de las gallinas, y del oro que solía aparecer en los huertos de los solares valdivianos, y de la afanosa búsqueda de la Ciudad de los Césares.



Conquistadores. *Historia Relación del Reyno de Chile*, Alonso Ovalle, 1646 (BNCh).



Lavaderos de Oro. *Historia General y Natural de las Indias*, Gonzalo Fernández de Oviedo, 1535 (Biblioteca Nacional de Chile / BNCh).

VISITANTES EN LAS RUINAS

UNA NOCHE DE DICIEMBRE DE 1599, oculto en las sombras y la desprevenición de sus moradores, el odio acumulado invadió a la ciudad. Un movimiento mapuche, surgido 500 kilómetros al norte, avanzaba incontenible sobre el sur: siete ciudades fueron borradas de los imprecisos mapas de América y Valdivia se hundiría otro medio siglo en el olvido y la selva recuperaría su señorío y el río volvería a ser el tranquilo río *Ainilebo*.

EN AGOSTO DE 1643, naves que los *Ainil* no reconocían entraron por el estuario y avanzaron río arriba. Sobre el puente de una de las naves, Elias Herckmans divisó el trazado de la antigua ciudad casi perdida entre la vegetación, y pensó en su almirante, Hendrick Brouwer, muerto poco antes de llegar a la ciudad que tanto deseaba.

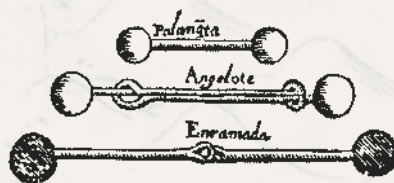
La orden era establecerse en Valdivia: construyeron un fuerte y empezaron unas difíciles tratativas con los mapuche.

Pero la memoria de estos debía tener fresco todavía el recuerdo de los españoles: nada pudieron los abalorios ni los espejos ni los telescopios, *soplones del firmamento*. Tres meses después, en octubre y ya sin provisiones, los holandeses abandonaron Valdivia para no volver.

Pero esta vez fueron escuchadas las voces que desde hacía décadas alertaban a la Monarquía Católica sobre el peligro de perder tan ventajoso puerto.



Anganamón y García de Loyola. Relación del Viaje de Fray Diego de Ocaña



SEGUNDA FUNDACIÓN



El Nuevo Mundo, 1599-1605 (Biblioteca de la Universidad de Oviedo, España).

EN FEBRERO DE 1645 Antonio Sebastián de Toledo, segundo Marqués de Mancera, entró al estuario con una flota pertrechada para varios años. En su escaso mes de permanencia dejó diseñado un sistema interconectado de fortificaciones que cerrarían la puerta a la ambición de sus enemigos. En los siguientes dos años se colocarían los fundamentos de cuatro castillos: *San Pedro de Alcántara*, primer asiento de la repoblación, en una isla que llamaron de Mancera, situada al fondo de la bahía; *San Sebastián de la Cruz* en Corral; *San Luis de Alba* de Amargos, en la ribera sur; y el de la *Pura y Limpia Concepción de Monforte de Lemos* en la ribera norte, en Niebla. Pensados como partes de un mismo sistema de defensa, sus fuegos cruzados imposibilitaron definitivamente el acceso de naves enemigas al río y a la Plaza, Puerto y Presidio de Valdivia.

EN EL INICIO LOS CASTILLOS eran solo baterías que aprovechaban las ventajas del lugar, con barracones para la tropa y almacenes de pertrechos; no alcanzarían un primer estado de consolidación sino hasta fines del siglo XVII. Los gobernadores e ingenieros pasarían proyectos y más proyectos de ampliación, entre solicitudes de aumento de la dotación militar y estrategias para traer más presidiarios a las obras. Pero la primera mitad del siglo XVIII transcurriría casi sin cambios. Sólo el de Niebla verá concluida, alrededor de 1714, una obra fundamental: su batería de dos niveles para alojar 14 cañones, tallada directamente en el promontorio sobre el que se funda el Castillo, a 40 metros sobre el mar y al borde del acantilado.



Ilustración del *Diario y Relación ...* de Hendrick Brouwer, 1643 (BNCh).

INGENIEROS Y PRESIDARIOS

HACIA 1764 LLEGA A VALDIVIA EL INGENIERO JUAN GARLAND. A su voluntad y dedicación se deberán las obras definitivas de los castillos. Estudia a fondo la bahía, sus corrientes y mareas. Reconoce los montes que la rodean, los ríos secundarios. Elabora detallados planes y replantea sus roles defensivos. Intensifica la producción de madera, tejas y ladrillos en las Fábricas Reales de la Isla Valenzuela (la actual Isla Teja), e instala una segunda fábrica muy cerca del Castillo de Niebla. Ejecuta dos obras de magnitud considerable: la ampliación del Castillo San Sebastián de la Cruz de Corral y la regularización de la planta del Castillo de Niebla. En ambas fortalezas, reconstruirá o añadirá edificaciones en ladrillo o bloques de *cancagua*, una piedra arenisca abundante en la zona.

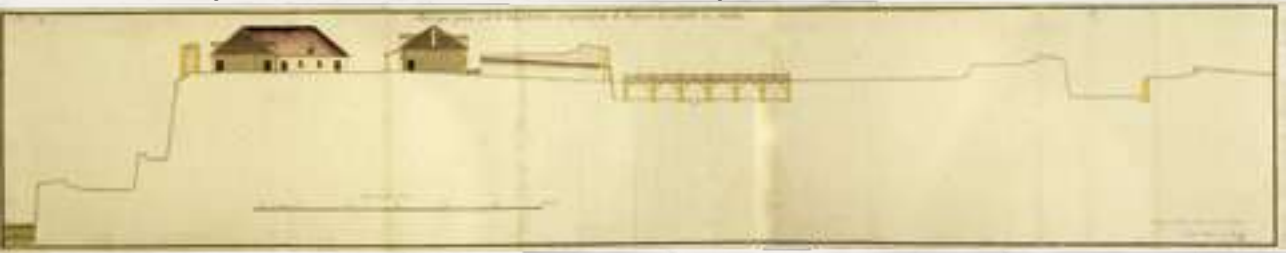
En Niebla rediseña el muro de defensa a tierra para formar dos medios baluartes, tallando el promontorio para consolidar el foso exterior y su corte externo. Rebaja el interior del castillo para ampliar el patio de armas, dándole su forma actual. Él mismo anota la remoción de más de 30.000 m³ de *cancagua* (unas 50.000 toneladas de peso), obra ejecutada íntegramente por presidiarios (en su mayoría peruanos) vigilados por los afrodescendientes que componían el Regimiento de Pardos, unidad especializada en carpintería, cantería, forja y otros oficios necesarios en los presidios.

Fueron estos los últimos trabajos que vivieron los castillos, antes de su caída y el fin de la Antigua Régimen.


Juan Garland y White: Plano del Puerto de Valdivia, 1764 (BNCh).



Joseph Antonio Birt: Perfil del Castillo de Niebla, 1768 (Biblioteca de Cataluña, España).



LA CIUDAD COLONIAL



EN 1647 SE INICIÓ LA RECONSTRUCCIÓN de Valdivia, sobre los restos de la antigua. La segunda traza de la ciudad fue un tímido cuadrángulo rematado por torres y atalayas, de unos 300 metros por lado. En su interior y en torno a sus muros fueron asentándose los nuevos colonos, tal vez aprovechando las viejas calles, los mismos solares y los ruinosos muros.

LA CIUDAD CRECIÓ junto a la confluencia de los ríos Valdivia y Cruces, frente a la isla que tomó su nombre definitivo de la fábrica de tejas y ladrillos, entre el río y las sinuosidades del *hualve* o laguna de San Antonio que la cierra por el este y el sur con humedales alimentados por los *catricos*, torrentes subterráneos que afloran hasta hoy en muchas partes de la ciudad. La comunicaban hacia el sur, el norte y el interior, dos caminos y un sistema fluvial que tolera hasta hoy la navegación en más de 80 km.

El resto del siglo y otro más pasarían entre anuncios de piratas o corsarios que nunca se atrevieron a entrar al puerto, y no anunciados e infrecuentes movimientos mapuche. Estos, por otro lado, consentían una relativamente pacífica coexistencia y colaboración, sin las cuales el maltrecho poblamiento no hubiese persistido. Aunque el barco que transportaba el Real Situado (si no se hundía en su viaje anual entre el Callao y Valdivia) aseguraba raciones básicas de alimentos, vestimentas y algún dinero que mantenía activo el comercio. El mar y la tierra proveían el resto: *«la abundancia de maíz ... y las papas o criadillas de tierra, que sirven de pan y alimento común de estos naturales y patricios»*, dirá el cronista Martínez de Bernabé.



Joseph Antonio Birt: Plano de Valdivia, 1763 (Biblioteca de Cataluña, España).

Antonio Duce: Plano y Perfiles de la Muralla de Valdivia, c. 1780 (BNCh).



EL OCASO

EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII, como la población ya se extendía lejos de los muros de la ciudadela de 1647, el gobernador Espinoza pidió a Garland construir dos torreones de vigilancia en los caminos de salida. Terminados antes de 1780, pocos años más tarde servirán de referencia para un muro que otro ingeniero, Antonio Duce, construirá como defensa de la ciudad, consolidando los mismos bordes del hualve.

La ciudadela sería demolida hacia 1792 y el muro de Duce desaparecerá silenciosamente a mediados del siglo XIX, aunque sus taludes persisten semiocultos en el fondo de algunas calles céntricas y en la planta de la ciudad, adaptada a un territorio regido por el agua y la lluvia.

EN FEBRERO DE 1820 un lejano estruendo de cañones anunció a las tropas republicanas de Lord Thomas Cochrane. Después de 175 años sin batallas, los castillos cayeron en pocas horas ante un empuje que no fue solo el de las tropas, sino la ventolera de otro siglo.

Aunque Valdivia volverá a su sabor colonial –tal vez acrecentado por el abandono y la lejanía de la capital–, del que no saldrá

hasta 30 ó 40 años después, cuando la inmigración alemana la desparece para enfrentar su historia contemporánea y el breve fulgor industrial y comercial que emitirá entre fines del siglo XIX y principios del XX.

Toma de Valdivia por Lord Cochrane. Enrique Swinburne, 1890.



Escuela Militar, Santiago.

Valdivia en 1836. *Historia Física y Política de Chile*, Claude Gay, 1847-1854 (BNCh).



HOY, LOS CUATRO CASTILLOS en la bahía y los dos torreones en la ciudad son los únicos testigos monumentales del paso de las generaciones de hombres y mujeres que compusieron, durante casi 300 años, parte de la historia de la Ciudad de los Castillos del Fin del Mundo.

